

APROXIMACION BIBLIOGRAFICA AL MAGREB

Por VICTOR MORALES LEZCANO

I. NACIMIENTO, AGONÍA Y ¿RESURRECCIÓN? DEL AFRICANISMO ESPAÑOL

En una recensión colectiva de libros dedicados al Magreb, aparecida en la REVISTA DE ESTUDIOS INTERNACIONALES (abril-junio, 1982, pp. 481-85), se puso énfasis en algunos títulos extranjeros historiográficamente relevantes para el estudio del paréntesis colonial de los países integrantes del noroeste de África.

El objeto de estas páginas no es otro que hacer una recensión de algunos títulos españoles consagrados al mismo campo de estudio durante el transcurso de este último decenio.

Sin embargo, no quisiéramos entrar en materia sin recordar el triste hecho de la discontinuidad del *africanismo español* durante la segunda mitad del siglo xx. Africanismo que, en calidad de movimiento alentador de la expansión hispana en «el continente de las tinieblas», tuvo de todo: ideólogos de fuste como Joaquín Costa; ensayistas polémicos como Gonzalo de Reparaz; probos científicos como el P. Sarrionandía. Africanismo, en suma, que se fue diversificando en dos ramas, la «marroquinista» (más ligada al mundo árabe y bereber) y la «guineísta» (obviamente centrada en el África subsahariana), generadoras de una literatura, de un discurso, notablemente partenalista, en ocasiones, y no exento de rigor intelectual, a veces.

El africanismo secretado por algunos órganos del poder político, a lo largo de la primera mitad del siglo xx, decayó sensiblemente con la oleada descolonizadora que desató la Segunda Guerra Mundial. El acceso a la independencia de Marruecos y Guinea Ecuatorial dio al traste con dos publicaciones periódicas de posguerra a las que hay

que hacer justicia: a) *Cuadernos de Estudios Africanos y Orientales* (a partir de 1946), emanación de la «Sección de Estudios Coloniales» del IEP, y b) *Archivos del Instituto de Estudios Africanos* (a partir de 1947), revista del Instituto de Estudios Africanos, adscrito al CSIC.

Estas líneas no pretenden alimentar ninguna nostalgia trasnochada por un movimiento de estirpe colonialista —ni incluso aunque su proyección hubiese sido muy egregia (que no fue siempre el caso); quieren recordar, empero, que siguiendo una línea de actuación internacional, caracterizada por el desentendimiento de aquellos problemas que no aparecen con carácter de urgencia, el *africanismo español* ha ido languideciendo hasta la inanición más penosa, sin operar los reajustes exigidos por la descolonización y sin mostrar el más leve indicio de preocupación táctica por las cuestiones africanas que pueden incidir—y que, de facto, están incidiendo en la Monarquía democrática de estos últimos seis años.

Desentendimiento institucional, desentendimiento del país a la larga, que se resiente de una óptica un tanto aldeana de las relaciones de poder y de intereses a escala internacional; lo poco que se ha hecho en este campo, ha sido empresa de cuatro individualidades fortuitas, que en medio de la indiferencia-ambiente característica de las sociedades poco cultas, han mantenido viva la llama, casi extinta, del *africanismo español*, de lo que hoy podrían ser campos de estudio, africanos y orientales.

La reciente publicación en el «Boletín Oficial del Estado» (números 187 y 253, de 6 de agosto y 22 de octubre de 1982), de nuevas pautas reorientadoras y de un Reglamento para el *Instituto de Estudios Africanos*, hacen concebir que las esferas del poder han tomado conciencia de la necesidad de revitalizar el africanismo, los estudios africanos, en el país. A no ser que se trate de un gesto de imprenta y el espíritu de la regulación, y ésta misma, no trascienda de las páginas del «Boletín», a la administración concernida, con lo cual el aparato de Estado habrá desaprovechado, una vez más, el caudal intelectual del sector público cualificado.

II. EL MAGREB COLONIAL EN LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

El Magreb colonial es, en cuanto zona de fechas, un periodo dilatado (1830-1962), debido, en un principio, a que la Regencia de Argelia fue ocupada prematuramente, y algo tardíamente evacuada, con res-

pecto, al menos, de sus vecinos los Protectorados de Túnez y Marruecos. Cabe recordar, a propósito, que para una actualización bibliográfica de las relaciones hispano-magrebíes anteriores al paréntesis colonial, Mikel de Epalza (Universidad de Alicante) ha contribuido como nadie a su facilitación y sistemática (Cfr. *Bibliographie tunisienne et algérienne concernant l'Histoire de l'Espagne, 1956-73*, Túnez, 1975-76, Institut National d'Archéologie et Art; y su práctica continuación en «Publicaciones españolas sobre el Magreb árabe, 1978-79», en *Estudios de Asia y Africa*, vol. XVI, núm. 1, pp. 161-76).

En cuanto al período colonial, resulta pertinente advertir que las instituciones africanistas del tardo-franquismo, y la iniciativa individual, antes y después de la Dictadura, no fueron ajenas a la crisis larvada del Sahara occidental y a su manifestación abierta a partir de los acuerdos de Madrid.

De nuevo, y una vez más, un contencioso de resonancia internacional se convirtió en el aguijón productivo de toda una literatura, con lo que tiene ello de alentador en un panorama bibliográfico lánguido, pero con los riesgos de generación de una publicística apasionada en sus términos, metodológica y documentalmente débil, y oportunista a todas luces.

a) Marruecos

El libro de Miguel Martín: *El colonialismo español en Marruecos (Ruedo Ibérico, 1973, 263 pp.)*, vino a inaugurar la revisión de la «acción» hispana en el Protectorado y, tangencialmente, en los enclaves de Ifni, Tarfaya y los vastos territorios del Sahara (Sequia el Hamra/Río de Oro).

Libro polémico desde un principio, denuncia, a la vez que una «acción» pretendidamente no colonial (1912-56), la inconsistencia histórica del africanismo de las fuerzas políticas de la democracia española, tanto durante los años treinta, cuando fueron poder, como durante la travesía del desierto, en el exilio, a que las sometió la Dictadura.

No obstante sus carencias documentales, y predominio del desafío interpretativo sobre la reconstrucción histórica escrupulosa, este libro inauguró un replanteamiento del tema, de secuelas benéficas, puesto que el autor tuvo la intuición —todavía no desmentida— de que no ha habido una política africana mínimamente responsable y coherente en la España contemporánea.

Juan Maestre contribuyó, por aquellos años, junto con E. Menéndez del Valle, a proponer una reflexión, algo apresurada y coyuntural,

sobre la causalidad de los malentendidos entre Madrid y Rabat, situando al contencioso sahariano en primer término de su óptica (*El Sahara en la crisis de Marruecos y España*, Akal, 1975, 302 pp.).

Que la historia del mal entendimiento hispano-marroquí viene de lejos, que sus causas son estructurales (Estados vecinos, que se han hostigado mutuamente, con una cierta redundancia en su economía agraria y en la explotación de los bancos pesqueros limítrofes), ha sido, y es, un secreto a voces. V. Morales Lezcano estudió los orígenes inmediatos del contencioso (*El Colonialismo Hispano-francés en Marruecos: 1898-1927*, Siglo XXI, 1976, 202 pp.), es decir, situó en perspectiva histórica la triple presión española sobre el Norte de Marruecos —presión diplomática, militar y económica—, que se ejerció desde Ceuta y Melilla, plazas de soberanía, y Tetuán y Larache, sede de la Alta Comisaría y de una nueva Comandancia General; todo ello a pesar de las resistencias nativas a la implantación del Protectorado, tanto francés como español. El autor tiene entre manos la prolongación de su estudio hasta 1956, cuando se produjo la transferencia administrativa del Protectorado al Estado de la Monarquía alauí y al peculiar régimen resultante.

Una contribución interesante al funcionamiento práctico del sistema político que se ha ido consolidando en el país, vecino meridional de España, se la debemos a B. López García (*Procesos electorales en Marruecos: 1960-77*, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979, 184 pp.), mientras que A. Cheri-Chergui y F. de Agreda se han encargado de la edición de una sugestiva antología de textos marroquíes que ponen al alcance del estudioso español, no-arabista, un abanico muy representativo de la escritura literaria y filosófica del país vecino (*Literatura y pensamiento marroquíes contemporáneos*, Instituto Hispano-Arabe de Cultura y Facultad de Letras de Rabat, 1981, 588 pp.).

Muchos campos quedan todavía pendientes de exploración en el terreno de la comprensión de la historia en común entre los dos Estados ribereños, así como en el del conocimiento de sus concomitancias y discrepancias mentales, otro hecho de civilización no suficientemente tenido en cuenta por internacionalistas e historiadores al abordar el tema.

b) *Argelia*

Se cumplen ahora veinte años de la conquista de la independencia de Argelia, luego del desencadenamiento de una guerra (1954-62) que

en Francia dio al traste con las instituciones de la IV República y en el Magreb abrió paso a un nuevo Estado argelino, cuya trayectoria internacional, dentro del mundo árabe-islámico y del continente africano, en general, no ha pasado desapercibido.

A pesar de la atonía publicística española en relación con la conmemoración del veinte aniversario del acceso de Argelia a la independencia, la literatura africanista de la posguerra distó de permanecer indiferente ante los sucesos desarrollados en el territorio argelino, denominado en la metrópoli «Francia de ultramar», desde la fundación del *Comité Français de Libération Nationale* (1943) hasta la aparición del general De Gaulle en las candilejas de la escena política francesa (1958). Así, García Figueras (*El hecho político de Argel*, IEP, 1945) y Carlos Sentís (*Africa en blanco y negro. Del Congo a Argel con el general De Gaulle*, Rosas Bayer, 1945), de una parte, y C. Martín de la Escalera (*Argelia y su destino*, IEP, 1956) y M. García Venero (*Testigo en Argelia. Historia del nacionalismo argelino de 1830 a 1958*. Ed. del Movimiento, 1958), de otra, contribuyeron a la difusión del estado de la situación interna argelina entre el público español interesado en la materia.

La producción bibliográfica española sobre la Argelia colonial, escrita en estos diez últimos años, es sumamente pobre. Y no porque falten motivaciones, aspectos históricos dilucidables y fuentes documentales (en Madrid, en Orán y en Aix-en-Provence).

Destaca, dentro de este panorama, la sólida monografía de J. B. Vilar (*Emigración Española a Argelia: 1830-1900*, Instituto de Estudios Africanos, 1975, 537 pp.). Vilar atiende preferentemente al fenómeno migratorio de la Península al Departamento administrativo de Orán (y, en menor medida, Argel y Constantina), que hará sumar a la colonia española en Argelia un total de 144.490 almas (1886), o sea, casi el 70 por 100 de la población europea asentada en el país. El mero hecho migratorio (de braceros, pequeños comerciantes, prófugos, exiliados carlistas y republicanos) marcará profundamente la resultante colonial y su *performance* política y social (*pieds noires*, de raigambre cultural hispana).

Como veremos a continuación, Argelia ha entrado en línea de cuenta, más por su participación (de cualquier tipo que haya sido), en el problema del Sahara, que por la especificidad de su modelo colonial y dramático proceso de descolonización.

c) *Sahara occidental*

La larga marcha descolonizadora de los territorios no autónomos (TNA) del noroeste de Africa administrados por España (Ifni, Sahara occidental, e incluso las posesiones del Golfo de Guinea) y Portugal (Guinea-Bissau, Cabo Verde, Angola, eminentemente) hizo correr bastante tinta desde los años cincuenta; pero fue a partir de la resolución 1541(XV) del «Comité de los Seis» —formado a instancias de la Asamblea General de *Naciones Unidas*—, en particular, cuando la acuidad del problema multiplicó, no sólo un torrente de publicística menor, sino una literatura más o menos sólida, más o menos circunstancial (consúltense, si no, las obras de Mercer, Price, Assidon y Barbier, entre otras, dedicadas al Sahara occidental, por ejemplo).

Siendo España sede de una de las dos metrópolis puesta «en tela de juicio» por el máximo organismo del concierto internacional, nada de extraño tiene el hecho que la bibliografía hispana en torno al contencioso se engrosara proporcionalmente a su agravamiento.

Molina Campuzano, Hernández Pacheco y Cordero Torres habían contribuido, en su día, al estudio demográfico, geomorfológico y administrativo del inmenso territorio sahariano (266.000 kilómetros cuadrados) de Sequia el Hamra y Río de Oro; J. Caro Baroja incidió, antropológicamente hablando, sobre la temática (*Estudios saharianos*, Instituto de Estudios Africanos, 1955, y *Estudios mogrebies*, CSIC, 1957). No obstante, un cierto grado de información acumulativo sobre el país, sus habitantes, organización social y fundamentos productivos, la Dirección General de Plazas y Provincias Africanas optó, luego de la independencia de Marruecos, por la *fictio juris*, consistente en considerar al resto de las colonias y posesiones españolas en Africa como provincias de ultramar. Enfoque «salazarista» del que los gobiernos de la dictadura española se apearián muy tarde, cuando de hecho la «cuestión» se había mutado en «problema», y éste en «conflicto» armado (1976 en adelante).

J. B. Vilar realizó una síntesis breve, de naturaleza histórica, sobre el disputado territorio (*El Sahara español. Historia de una aventura colonial*, Sedmay, 1977, 190 pp.). Acto seguido apareció el trabajo de Ramón Criado (*Sahara, pasión y muerte de un sueño colonial*, Ruedo Ibérico, 1977, 303 pp.), donde se abordaron ya «variables complejas» (importancia del establecimiento militar africano en el tardo-franquismo/intereses financieros, españoles e internacionales, involucrados en los yacimientos fosfateros de Bu-Craa/política del Gran Marruecos

APROXIMACIÓN BIBLIOGRÁFICA AL MAGREB

asumida por Hassan II y las fuerzas políticas del reino alauí/estrategia sahariana de Argel y Trípoli/irreductibilidad de los guerrilleros saharauis/dimensión extraafricana del conflicto, etc.).

Si en la obra de Criado el tono polémico no puede ser sofocado por la erudición, en el opúsculo de Juan Goytisolo (*El problema del Sahara*, Anagrama, 1979, 152 pp.) se adopta, premeditadamente, un estilo y enfoque revulsivos, bien servidos por la calidad de la pluma del autor, que no dejó de provocar controversia con Menéndez del Valle y Costa Morata.

No sólo las individualidades de rigor terciaron en el asunto de marras, sino que el Instituto de Cuestiones Internacionales propició en 1979 un seminario titulado «Problemas de seguridad de Europa y Africa» (Instituto Nacional de Prospectiva, s. a.). Puede decirse, sin temor a hipertrofiar el recuerdo de las sesiones, que el conflicto sahariano resultó más candente aún que el del entonces presunto ingreso de España en la OTAN. Intervinieron A. Viñas, F. Morán, Sánchez Gijón, A. Míguez y Morales Lezcano. Abdallah Laroui defendió la tesis marroquí (razón histórica de la incorporación del ex Sahara español a Marruecos... y Mauritania) y Layachi Yaker la impugnó, en nombre de Argelia, reclamando el derecho saharauí a la autodeterminación de sus destinos.

Recientemente, Francisco Villar ha dado a conocer su monografía, sobria y documentada, no exenta de apreciaciones discutibles (*El proceso de autodeterminación del Sahara*, Fernando Torres, ed., 1982, 410 páginas). Se trata de una «recuperación» del contencioso desde sus orígenes en la posguerra hasta la firma de los acuerdos de Madrid y sus inmediatas secuelas en la política magrebí de la joven democracia española*.

III. A GUIA DE CONCLUSIÓN

He aquí un repertorio selectivo de las publicaciones españolas sobre el Magreb que han abordado, durante este último decenio, el paréntesis colonial de la vieja Ifriquiya y parte de las secuelas resultantes de su provisional pérdida de soberanía.

Quedan excluidos de él artículos de revistas científicas y prensa periódica; alguna que otra obra menor y folletos. Un centro de docu-

* Cuando este artículo estaba ya en prensa ha comenzado a distribuirse la obra de Rodolfo Gil Grimau titulada *Aproximación a una bibliografía española sobre el norte de África (1850-1980)* (I) (Ministerio de Asuntos Exteriores, 1982). Se trata de una recopilación de la que estaba muy necesitada el africanismo español y que se recensionará en su día.

mentación especializado, un vaciado sistemático de publicaciones pertinentes y un boletín que difundiera el caudal informativo atesorado no parecen *desiderata* descabelladas en un país cuyo Estado proclama también una cierta vocación magrebista; esperemos que algún día parte de estas insinuaciones (ojalá que todas ellas) sean tenidas en cuenta.

Mientras tanto habrá que conformarse con publicaciones ocasionales de investigadores, periodistas y francotiradores, cuyas contribuciones han mantenido, hasta el presente, el cultivo de la preocupación intelectual por la historia, remota o contemporánea, del vecino meridional. Y habrá que hacer votos para que la accesibilidad a los repositorios documentales donde se cobija el testimonio escrito de las relaciones hispano-magrebíes vaya facilitándose, a medida que se cataloguen sus fondos y se flexibilicen los criterios archivísticos actualmente en vigor.